

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

LAS NOCHES DEL LAGO (1).

FRAGMENTO.

Cesa de rugir, implacable venganza, exclamé al bajar por los frondosos collados de San Gengulph, en las orillas del lago de Ginebra. ¡Esta mano que armó la calumnia, esta mano culpable, la lavaré en la sangre del traidor, ó entregaré á sus golpes una víctima mas!... ¡Mañana, esas felices y risueñas campiñas, no sostendrán ya dos asesinos!...

habíamos convenido en nuestras cartas, coloqué en él unas pistolas, mi puñal, mi espada y un garfio de abordage. Comencé á agitar el agua con el remo y poco á poco fui apartándome de la orilla.

Eran las nueve de la noche: densas é inmóviles nubes cubrían el cielo, y el último rayo del sol, que todavía refractaba en ellas, las daba un color bronceado. Iba estinguéndose la luz, y mi vista fija en el terreno suavemente inclinado que descende desde la meseta de Vevay, buscaba con impaciencia á mi enemigo entre los moribundos resplandores del crepúsculo. Ya no quedaba en el horizonte mas que un rayo fugitivo, que fué á concluir sobre el pabellon encarnado de un bargeo distante y comprendí que mi señal había sido reconocida.

con el mugido de las olas y de los vientos. La lluvia descendía á torrentes de un cielo ennegrecido. El lago, la atmósfera y el aire confundidos en un torbellino horrible, luchaban entre sí como los confusos elementos del caos. La espuma de las olas llegaba hasta mí, como un ser animado de un instinto feroz, me llenaba completamente de humedad, y me derribaba abrumado con su peso. Abandonado en aquel peligro, me arrastraba por las tablas mal unidas de la barca, y pedía al cielo la venganza y la muerte.

Sin embargo, el ruido de la lluvia iba cediendo, y no percibía mi oído mas que un rumor largo y sostenido. Mi barquilla cinglaba con tanta rapidez como si se deslizase por una pendiente de pulimentado már-



El Lago.

Pasé tres horas de pie mirando al lago, mientras que los marineros aparejaban mi esquife: despues como

(1) Mr. Nodier empleaba en el estudio de la naturaleza tanta conciencia y esmero como en los libros y en el estilo. Por espacio de mucho tiempo se dedicó á escribir todas las noches las impresiones que habia recibido durante el día, de los hombres ó de las cosas. Aquel diario no tenia mas objeto que la satisfaccion de su autor: le quemó en cuanto conoció que su salud iba deteriorándose. Cuando viajaba, aplicaba aquel método á un género de trabajo análogo. Asemejábanse á los pintores que forman en el camino croquis lijamente bosquejados, que conservan para concluirlos cuando se les presente ocasion. Cuando á Mr. Nodier le llamaba la atencion un sitio, ponía en escena un personaje propio para producir una situacion mas ó menos dramática, para dar animacion y caracterizar el cuadro ó paisaje que se proponia dibujar. Luego, con auxilio de aquella situacion que forzaba á propósito, para que produjese mas sólidos reflejos, pintaba un cuadro sorprendente y con muy vivos colores.

De este modo escribió al regresar de un viaje á Ginebra, el fragmento que aqui reproducimos. Habíase propuesto describir los aspectos mas variados y extraños que puede ofrecer un lago, cambiando ó alterando las condiciones exteriores, es decir, observando alternativamente durante la noche, al salir la aurora, durante la calma y en la tempestad. Estas páginas no estaban destinadas á ver la luz pública; tienen mas de veinte años de fecha. Pero así como se buscan con anhelo los menores dibujos de un pintor antiguo y célebre, para sorprender en ellos el secreto de su primer pensamiento, y de sus mas fugitivas impresiones, serán tambien sin duda recibidas con interés estas líneas que ha dejado cortada su vida le ha respetado tanto, y á quien la generacion de los autores franceses del día, es deudora de las mas excelentes lecciones, y de los mas vivos placeres de la inteligencia.

TOMO III.

En vano multipliqué los movimientos del remo en direccion del lugar de la cita. Las aguas estaban silenciosas y fijas como el cielo. El aire reposaba sobre el lago sin balanceo, sin murmullo, grueso, silencioso, ardiente como el vapor que duerme en el fondo del cráter de los volcanes. Las aves nocturnas callaban poseidas de terror, en los troncos de los árboles podridos, y recogían con avidez encima de su secas alas la fangosa humedad de las hojas muertas.

Hacia la media noche se levantó un viento fresco y corrió silbando por la superficie del lago: rechazado luego por las montañas, en cuya base habia chocado, se replegó como las olas que trae y lleva la marea. Irritado con la resistencia, volvió á bajar mas impetuoso, y buscando por todas partes la salida que le impedian los Alpes, se desplegó rugiendo sobre las embravecidas aguas. Bien pronto mi barquilla arrebatada por las olas, no siguió mas direccion que la de la borrasca. En vano procuré guiarme aplicando el oído al ruido de la tempestad, que repetían los ecos, y que modulaba en todos los tonos, una especie de quejido lúgubre y prolongado como los lamentos de una mujer desolada. Tan pronto mugía en las cavernas, como resonaba en las sonoras concavidades de los peñascos, ó espiraba lentamente en la arenosa playa. Y en los intervalos de las tumultuosas ráfagas, reinaba un espantoso silencio, en medio del cual creia distinguir siempre un nombre que una boca invisible hacia llegar á mi oído.

Apenas el graznido de la zumaya, que llegaba á su nido llorando y azorada, se mezclaba de cuando en cuando

mol, ya porque un viento favorable agitase mis ligeros aparejos, ó mas bien porque el desorientado esquife siguiese una corriente rápida, porque yo no oia ni aun el crugido de mi mojado pabellon, que movian las frias brisas de la noche.

Arrodillado sobre el puente, y dirigiendo mi vista por el lago, procuraba divisar un pabellon y esperaba oir algun ruido: aguardaba el monótono golpeo de un remo ó el silbido de las olas hendidas por una proa. Me parecia que á fuerza de mirar las tinieblas, llegaria á descubrir en ellas formas y colores, y en efecto, su oscuro velo comenzaba á hacerse mas diáfano. Una transparencia sombría y confusa como la del vapor impenetrable que circula por delante de los ojos de un ciego de nacimiento, me prometia sin presentármela, la apariencia de los objetos. Mas la curiosidad del ciego no está secundada como el oído por las ilusiones de la memoria, y su imaginacion no puede adherirse á lo vago de aquel crepúsculo mas difícil de definir que la nada, el aspecto vivo de un enemigo.

Sin embargo, salía el sol, ó mas bien giraba su apagado disco en una nueva noche: no se veía cielo, horizonte ni luz: las tinieblas, que apenas se habian aclarado, no adquirian la movilidad de las nubes penetradas por la luz del día, porque no flotaban sobre nada que no fuese oscuro y tenebroso como ellas: poco á poco los puntos mas cercanos á mi vista fueron desprendiéndose de aquel caos de la mañana. Una especie de varitas delgadas y negras se levantaban en derredor mio, y se balanceaban como banderolas: eran los apre-

tados juncos de un estrecho ancon á donde las corrientes me habian conducido durante la incertidumbre de mi navegacion nocturna. La ribera se presentaba tan vaga y tan pálida que cualquiera se hubiera creído separado de ella por la estension de un largo estrecho: procurando alejarme apoyé en ella un remo, y la vi desaparecer de repente: bien pronto sentí disminuirse el obstáculo que se oponia al curso de mi barquilla: las olas que se estrellaban en el fueron dividiéndose, y parecia que tomaban otra direccion. Satisfecho, me interné en el lago con mas placer que el piloto que en lo mas inminente del peligro, encuentra por fin el anhelado puerto. Sin embargo, nada me conducia hacia las invisibles costas del Oeste.... La oscuridad habia cambiado de color, pero reinaba siempre con igualdad en el cielo y en las aguas. La misma atmósfera no se distinguia de las olas mas que por su elevacion, y nada indicaba el sitio del sol.

El que recorre mares sin limites y cuya fragata salta como un delfín despertado por la aurora en lo alto de una ola que aun no ha tocado la tierra, y que el curso eterno del flujo del Océano jamás aproximará á sus orillas, ese conserva todavia algun recuerdo de su patria por cuanto puede oír al sufrido marinero silbar las maniobras, ó al aturdido grumete gritar desde las gaviotas. Ciudadano de una ciudad desterrada, marca en el horizonte el suspirado polo del regreso: aguarda ver una vela, el movimiento del bonito, el salto del pez volador y la señal del vigia: espera, escucha y reza.

Pero solo en una navicilla, aparejada para la muerte y la nada, para buscar en aquellas frias aguas el punto mas alejado de sus orillas, para cometer un nuevo crimen y sepultar allí los remordimientos y los asesinatos, andar errante con este pensamiento execrable y legitimo, con esta dulce y horrorosa esperanza, en medio del cielo y de las aguas, en medio de nubes tan densas y opacas, que solo el remo puede distinguir las nieblas de la superficie del lago, cuando nada es capaz de percibir la bruma y separarla del cielo que parece haber caído sobre ella; gozar con horror en esta soledad de la idea de que ya no será turbada mas que por el grito de la rabia y los sollozos de la agonía; imaginarse que la vista del hombre, tan grata al hombre errante por los abismos, no despertará en el fondo de su corazon desesperado, mas que las furias del infierno!.... ¡Ay!... ese es un viaje horrible, cruel, desapiadado!...

El ayuno, el insomnio, el cansancio, la accion penetrante de la lluvia, la opresion de una atmósfera pesada, que me niega el aire y la luz; la fieja de un sentimiento invariable que me sirve de existencia, que es como la inmóvil tela á que está unido el hilo de todas mis ideas; la voluptuosidad que corona una larga esperanza satisfecha; todas estas causas reunidas inflamaban mi sangre, y prestaban á los sueños de mi imaginacion las ilusiones casi palpables de la fiebre. Los monótonos latidos de mis arterias marcaban el acompasado balanceo de la barca; mis oídos zumbaban como el viento de la noche en las jarcias apretadas por el hielo, y fuegos extraños deslumbraban mis ojos. Legiones de espectros confusos, juego fantástico de las olas, se agrupaban á mi lado; el mas obstinado de todos, que retrocedia ante mi proa, me presentaba sin cesar el cuerpo inanimado de una muger con traje blanco, que salia del lago y me alargaba los brazos....

Los espíritus á quienes Dios ha confiado el cuidado de su creacion, son algunas veces demasiado crueles en la eleccion de las imágenes que esparcen sobre la obediente tela del firmamento. Creeríase que se complacen en asustar al alma con prestigios lúgubres, que se asemejan al mas triste de sus pensamientos; ¡cuántas veces han esparcido la cabellera de la nube errante, para darla el aspecto de una cabeza moribunda!... ¡cuántas veces, mas atentos á la perfeccion de este trabajo, estravagante juego de sus caprichos, han fijado por un momento con rasgos movibles semejanzas fatales!.... ¡Y qué hombre tiene bastante seguridad en su conciencia para encontrar sin espanto en el cielo la imagen de unos muertos á quienes ha amado!....

Ya hacia largo tiempo que el sol habia andado la mitad de su carrera, y semejante al pensamiento de una alma viril que se desprende con energia de los errores del mundo, para tomar por último posesion de su tardía madurez, penetra oblicuamente la masa de las pálidas tinieblas de un rayo vivo y puro, cuya estremidad se quiebra, y resalta en la superficie del lago, como la encendida barra que el herrero mete en el agua cuando la saca de la fragua. Poco á poco unos rayos menos pronunciados blanquean todos los puntos del horizonte, se dilatan, se despliegan y concluyen por confundir sus indecisos lados en una nube de luz que pesa sobre el vapor trasparente, y que le hace disiparse por todas partes. La bruma se agita como las olas, toma una existencia distinta y visible, la de un lago aéreo que obedece al impulso de los vientos, y que á su arbitrio, mueve con violencia las encrespadas olas, ó las convierte en apacibles y ligeras. Me asombra el que mi barquilla, encadenada en las profundidades del abismo, no se eleve con aquel mar sutil á las brillantes regiones cuyas riberas baña.

Todo mi horizonte está en el cielo, ó mas bien parece volverse á cerrar en derredor mio á medida que se estiende sobre mi cabeza. Al principio no era mas que un disco livido, cuya aureola mas livida todavia, se estinguia al ensancharse: ahora es un vasto círculo que toca por todos lados á los limites de la vista y cuya indecisa circunferencia solo se desvaneca en las impenetrables brumas de que me hallo envuelto. Apenas algunos destellos luminosos, deslizados en su húmeda

trama, colorean por un instante su tejido engañador. Estrechados ó contraídos por el frio elemento que los circunda, vuelven á caer sobre mí, mas espesos y oscuros, como una red insidiosa tendida entre la traicion y el castigo.

El borrascoso Océano de las brumas comienza á tener limites: le veo concluir á lo lejos en azuladas playas, que inundaba hace poco con el desbordamiento de sus olas impalpables y mudas. Desciende como si fuese movido por el reflujo, y se precipita hacia mí, desde las estremidades del abandonado cielo. Ya la cima deslumbradora de las montañas de nieve, corta acá y allá su superficie oscura, como el banco de espuma que corre sobre la pizarra lustrosa de los mares: las lejanas cimas, cubiertas de una sombra monótona, se prolongan á manera de negros promontorios; crestas heladas los erizan con sus picos quebradizos como escamas: una aguja de basalto le traviesa como un mastil flotante, que trepa lentamente por la curvatura insensible del horizonte. Una nube mas iluminada que medio se pierde entre los rayos del sol, le recorre como una vela.

¡Encanto de una sangrienta esperanza, no engañes mis deseos!.... El sol desciende hacia el Occidente, mas por el Norte, todas las nieblas, impelidas por un viento impetuoso, ruedan unas sobre otras, como unas montañas errantes: se condensan, se acumulan y se estienden como una costa brava, y circuyen el lago con sus paredes de un blanco uniforme: coronanse de fortalezas, se redondean como torreones, trazan aberturas á manera de aspilleras, y echan peligrosos puentes sobre los abismos del aire. Apenas algunas isletas desprendidas de sus pesadas masas, se esparcen sobre el limpio cristal del cielo, y proyectan en su inmóvil espejo, la risueña frente de aquellas florestas aéreas, que no han sido jamás visitadas sino por los espíritus. Sin embargo, algunos vapores mas gruesos no han podido llegar todavia á estas regiones elevadas: unos se arrastran como pesados rebaños por el declive de las riberas; otros esparcidos por el reverso de las empinadas praderas, se estrechan hacia las chozas como si obedeciesen á la señal dada por el cuerno de los pastores: las mas ligeras se colocan sobre los escarpados peñascos, como la atrevida cabra que compete con ellas en blancura.

Algunas hay que han superado ya todos los obstáculos, y que no dejan encima de ellas mas que un corto número de orgullosas cimas, cuya elevacion jamás han tocado las nubes: arrastradas por una fuerza desconocida en derredor de su movable eje, se enroscan al pie de la inaccesible cúspide como reptiles ondulantes, y estienden por su base una especie de atmósfera trasparente y luminosa, como los tapices de diamantes que llenan de resplandor los palacios de las hadas, ó se comprimen con balanceo regular semejante al de las olas de quienes han recibido su fugaz existencia. Es otro lago que sostiene otra montaña sobre todo el horizonte y que varia la magnificencia de su aspecto eterno, prestándole el encanto pasajero de sus inconstantes bahías, y la frescura imaginaria de sus aguas. Así se eleva la antigua fortaleza de San Miguel del mar, en medio de sus blanquecinas playas, y de sus movizados arenales.

La superficie del lago estará bien pronto tan limpia de nubes como el cielo que refleja: un viento del Sur que hace presagiar alguna tempestad, la roza con su tibio aliento, y arrolla en sus orillas, á manera de copos el resto de las perezosas nieblas. Unos se rompen por debajo de la ribera, y otros se deslizan sobre la movediza arena, como el último flujo de la marea que se retira, y que vuelve á ser absorbido por la última oleada. Apenas se las ve suspenderse á lo lejos como ligeros girones á la punta de un peñasco, balancearse en las ramas de las espinosas zarzas como un suave vellón; correrse entre dos árboles como la efímera tela de un insecto, ó cubrir con un humo ficticio el tejado de una choza desierta. ¡Dichoso el que pudiera habitarla sin remordimientos y sin recuerdos, ignorado de un mundo desconocido!

Ya hace largo tiempo que el sol ha traspuerto la montaña; ya no la ilumina mas que como una cúpula inflamada, que se va apagando como una hoguera que no tiene combustible: bien pronto no es mas que un punto encendido que aumenta su luz en el momento de extinguirse, y que podria tomarse por un faro colocado en el cielo al principiar una tempestad. No se halla esta muy distante. En el lago, en el aire y en los árboles se observa una inmovilidad amenazadora, que da la idea de lo que será el mundo el día de su destruccion, cuando el poder que mantiene en perpétua armonia el juego de sus órganos, se aparte de su cadáver y le deje frio y abandonado en los desiertos del espacio.

Al instante el occidente apareció adornado de anchas colgaduras de púrpura, con bandas de color violado oscuro, que concluyeron por invadirlo todo: ahora se han estendido como una vela inmensa de un negro mástil, en donde se apagan acá y allá algunos reflejos cobrizos, semejantes á los que se ven brillar en la superficie de una antigua rodela de bronce: se van oscureciendo y mueren. El último rayo del día que se disipa ilumina con una chispa de oro el punto mas elevado del Monte Blanco, y se detiene allí un instante en medio de la oscuridad universal, como una estrella desconocida á los pastores.

¡Cuán triste es el silencio cuando se busca á un enemigo! ¡Cuán horroroso es que el ligero estremecimiento del aire y del agua no adviertan el ruido de una

proa, ó el balanceo de un pabellón! ¡Cuán fugaz parece el placer del odio y de la venganza, cuando se han confiado á los azares de la noche, en que un inopinado encuentro puede devorar en un rápido minuto, todo el porvenir de nuestras esperanzas y de nuestros deseos!

Las nubes son negras y brillan todavia como un metal de colores oscuros que se funde en los hornillos: cuando una claridad fugitiva se desliza en los pliegues del tenebroso pabellón que suspenden sobre las montañas, se distingue en una sombra mas espesa, en una oscuridad mas impenetrable, algunas nubes con las orillas á manera de flecos, cuya figura imita las escorias de una capa de lava apagada. El lago refleja el ardor de esta atmósfera abrasadora, y cuando las lumbreras de la noche, recorren su tétrica superficie, la pesada inmovilidad de sus aguas, sin brillo y sin murmullo, da la idea de un mar de plomo derretido, preparado en el fondo de algun infierno para la espacion de un crimen desconocido de todos los pueblos y de todas las edades.

Mis rodillas se doblan: mis ojos abrasados como por un hierro candente, estaban deslumbrados por unos astros encarnados y azules, que hacian girar sobre un fondo negro sus disformes globos reproducidos siempre con el mismo aspecto y los mismos colores: oía ruidos extraños y amenazadores, cánticos de terror y regocijo, quejidos y exclamaciones de placer, la campana de la parroquia, el toque ó señal de incendio y el clamor ó toque de muerto.

C. NODIER.

UN MATRIMONIO A ESTOCADAS.

Después de la toma de Belascoain, que inauguró tan victoriosamente para el ejército del Norte la campaña de 1839, añadiendo á las infinitas glorias del regimiento número 41 de infantería (San Fernando) el honor de presentarse en formacion con la bandera del reducto enemigo, que un cazador de aquel brillante cuerpo habia arrancado con sus propias manos del asta, siendo el primero en asaltar el fuerte, pudo verse á un oficial de artillería de la division de vanguardia, quien después de abrazar uno tras otro á sus numerosos amigos de todas armas, que le estrechaban con lágrimas en los ojos, montó á caballo sin vacilar, tomando la vuelta de las alturas de Legarda, seguido únicamente por su asistente.

Digamos algunas palabras sobre este oficial.

Don Guillermo de Contreras, primogénito y heredero de una noble familia de Aragon, era un joven de buena figura, valeroso y resuelto, que á la altivez de sus instintos de caballero, juntaba varios defectos propios de su edad, y mas aun de la vida militar de los campamentos. Jugaba todo su caudal en una puesta: amaba con furor cinco minutos, y se batia con el mayor desden por un quitame allá esas pajas. Con tales virtudes y defectos era nuestro don Guillermo el calavera mas elegante y disipado del ejército del Norte.

Durante los tres dias del asedio de Belascoain, se habia conducido como un héroe, mereciendo por diferentes hazañas las pruebas mas señaladas de aprecio del general Leon, que admiraba su bizzaria. Pero al disparar el último cañonazo contra los parapetos enemigos, habiase cruzado de palabras con un ayudante de campo del general, que le ordenaba suspender el fuego, y pocas horas después tuvo lugar un desafio terrible, en que el malogrado ayudante perdió la vida, recibiendo Contreras una estocada que le obligó á guardar cama por mucho tiempo, no debiendo su curacion á otra cosa que al vigor de su temperamento y á sus pocos años.

Echóse tierra sobre este asunto, y cuando los médicos del ejército recomendaron á Contreras el aire del campo, como el único capaz de restablecer las fuerzas de su salud de todo en todo comprometida, pidió una licencia temporal que pensaba hacer absoluta, y partió para su casa de Ayerbe, donde le quedaban todavia algunas tierras de pan llevar, un asistente, soldado viejo, por toda compañía, una trabilla de perros estenuados por la dieta, y tres ó cuatro caballos de labranza y de silla.

Seis meses habian pasado desde que vimos á Contreras despedirse en Navarra de sus amigos, y en todo ese tiempo no ha hecho otra cosa que recorrer las montañas vecinas, esperando que Dios se dignase devolverle su vigor primero.

Una tarde que Contreras acababa de tenderse en un sofá, fatigado de perseguir inútilmente á una liebre, oyó de pronto un gran estrépito que partía debajo de sus ventanillas: los perros ladraban en el patio, los caballos piafaban en la cuadra, los mozos de labor gritaban y corrían por toda la casa. Don Guillermo, que á la sazón no debia encontrarse del mejor humor que dignamente, se levantó cogiendo un látigo de caza, para poner en órden á sus gentes, cuando de improviso se abrió la puerta de su cuarto y don Juan de la Vega Tarraxis, uno de sus compañeros de disipacion, vino á arrojarle en sus brazos.

—Pronto, la comida: tengo mas hambre que un lobo, dijo don Juan, después de cambiar algunos abrazos con su amigo: aquí me tienes, amigo Contreras: hace ocho dias que voy galopando por esos mundos de Dios, y no hay nada como los viajes para abrir el apetito. Si me te apresuras á ofrecermela una mesa bien provista de manjares, la España te deberá la muerte de uno de sus mas valientes capitanes.

Una hora después don Guillermo de Contreras y don

Juan de la Vega Taxis, sentados el uno en frente del otro, daban repetidas cargas á una porcion de platos y botellas, que dos ó tres montañeses tenian cuidado de colocar en la mesa.

Cuando el apetito voraz del viagero se hubo calmado un tanto, fué á sentarse haciendo eses en un antiguo sillón de baqueta y empezó á charlar sin tiento ni medida, atrapando ora una ala de perdiz, ora una puerca de liebre, ora una magra de jamon frito, interpolado todo con rico mostagan de Carifena y hermosos puros de la Habana. Al verlo arrellanado de aquella manera, con la mirada ardiente y fogosa, los labios húmedos y encendidos y las megillas abotagadas por el vino, teniendo en la mano izquierda un vaso lleno de mosto, mientras hablaba con entera libertad cuanto le venia á la boca, creemos que no hubiera habido ninguna persona de gusto y amiga de los placeres, que no hubiese tenido envidia al capitán don Juan de la Vega Taxis.

—Sí, amigo mio, el inspector me envia, no sé por qué á unirme á mi regimiento, que está acantonado en la Ribera, y no he querido pasar de Zaragoza sin venir antes á disfrutar contigo tres ó cuatro dias de gaudium.

—Mejor harías en pasar cuatro semanas; pero ¡ay! temo mucho que emprendas en seguida las de Villadiego, porque mi sociedad es muy poco apetecible; te lo advierto, capitán, mi sociedad no es mejor que la de un trapense.

—Vamos á ver, replicó el capitán, dirigiendo una mirada á los muebles abumados y á las puertas de encina ennegrecidas de las habitaciones: pues señor, en verdad que no puedo cumplimentarte por la acertada eleccion que has hecho de tu retiro: ¡pardiez! tu palacio es un nido de lechuzas. ¡Qué horror! y los muebles.... ¡qué muebles! se parecen á tu palacio. Chico, por aquí debe habitar algun hechicero ó nigromante, y vamos á tener necesidad de agua bendita para pasar la noche. ¿Qué diantre es lo que haces en esta lóbrega madriguera de sabandijas?

—Medito; cuando llegaste leia....

—Los Cantos del trovador, ¿no es esto? Dame acá ese libro; ¿pero qué veo? ¡El Hombre feliz!... ¿chico, te has vuelto loco?

—No, me he vuelto pobre.

—Toca esos cinco, hermano.... ¿Pero cómo es posible que tú, á quien he conocido tan rico, tan brillante, con un fausto tan espléndido, hayas podido disipar tu fortuna en menos de seis meses?

—Pues chico, se ha disipado completamente. Ya sabes que en el sitio de Belascoain se jugaba al aire libre como en Pamplona y Tafalla. Yo llevaba hacia tiempo, una vida tan desarreglada, que mis últimas peluconas huyeron de mi bolsillo, cuando las miserables me eran mas necesarias. Me encontraba sin una blanca, y mi derrota era infalible, cuando aquel necio que sabes tuvo el capricho de contraer relaciones con mi espada, lo maté y él me hirió: los fisicos me recetaron este punto como mas á propósito para mi salud, y aquí vivo, y como no sé que hacer para matar el tiempo, mientras vuelve mi fortuna de su largo viage, he adoptado el partido de trasformarme en filósofo. Esto te explicará mejor que nada que mi ruina es verdadera.

—¿Pero no te han quedado tus rentas y tus tierras?

—Nada, chico, nada mas que esta casa desvencijada, que el viento echará por tierra el mejor día. Cuando recibí la herida de marras, hubo alguna alma caritativa que se entretuvo en dar por segura mi muerte: la noticia voló como un rayo desde Pamplona á Zaragoza, desde Zaragoza á Madrid, y mis acreedores atomizados se dispusieron á recoger mi herencia. Al llegar á mi casa solariega de Aveyre, me vi asaltado por una multitud de cuentas, recibos y pagarés, cuya totalidad ascendia á una suma respetable. Quise poner un poco de orden en mis negocios, pero chico, estaban tan embrollados, que despues de la liquidacion general, apenas me quedaron quinientos duros en efectivo, y este casearon cuarteado por los cuatro vientos.

—¿Con que es decir que has pagado todas tus deudas?

—Todas, capital é intereses. Escrituras, rentas, tierras, casas y alhajas, todo ha pasado á manos de los judios, quienes en cambio de mi rico patrimonio, me han dado un legajo de papeles, que he puesto en aquel arcon entre los pergaminos de mis abuelos.

—Semejante conducta debería hacerte indigno de mi amistad. ¿Cómo, pagar sus deudas el rey de los valientes, el pontífice de los calaveras del ejército, lo mismo, mismísimo que si fuera un pelafustan del otro siglo! A fé mia que no lo entiendo, y estoy seguro de que todos nuestros camaradas te repudiarian si lo supiesen. Pero yo te perdono, Contreras; semejante locura ha nacido, sin duda, de algun estravio de tu cerebro, y es preciso enderezar de nuevo tu reputacion comprometida con tantas simplezas. Quiero que antes de seis meses logres con tu crédito y mi favor, el rango que corresponde á tu clase. Voy á Navarra, pero antes de tres semanas estoy de vuelta, y te llevo conmigo á la corte.

—Imposible, amigo mio, no emprende uno dos veces la misma viajata cuando es larga y peligrosa.

—¡Bah! tú no harás mas que proseguir tu camino. —Pues señor, ya que es forzoso decírtelo todo, te lo diré: capitán, estoy enamorado....

—¿Tú, Guillermo de Contreras!.... Vamos, cuéntame lo otro primo: la broma me parece de mal gusto.

—Pues es la pura verdad, te lo juro.

—¿Qué locura!.... Pero no, ese debe ser un capricho

anacréontico, cuyo recuerdo desaparecerá tal vez mañana de tu memoria.

—Te digo que estoy enamorado, ¿lo entiendes? que amo con ardor y sinceramente por la primera vez de mi vida, ¿lo oyes?....

—Sigue, chico, que me agrada infinito. Yo he dicho lo mismo mas de doscientas veces á otras tantas mujeres, y estoy siempre dispuesto á repetirlo á otras mil. ¿Pero no me darás á conocer, mi tierno Macias, á la bellísima Cloris que te obliga á suspirar de ese modo?

—Mañana la verás.

—¿Aquí?

—No, en la iglesia, adonde vá á misa con su tia todos los dias.

—De manera que oyes misa por lo visto, siete veces á la semana.

—Poco menos; pero ¡Ah! cuando la veas comprenderás mi pasion. La señorita de Velez es un ángel bajado del cielo; tiene la hermosura de los serafines, y un candor.... y una inocencia!....

—¡Bravo! la ilusion es como la de todos los amantes; pero, chico, te pronostico, que el encanto se habrá desvanecido antes de un mes, ¿qué digo? antes de quince dias.

—Nunca, don Juan.

—Como quieras: me voy á la cama; las botellas están vacias, y pienso soñar contigo. Si mañana al amanecer te place conducirme á la iglesia te seguiré; entretanto buenas noches.

Al día siguiente entre ocho y nueve de la mañana, don Guillermo de Contreras y don Juan de la Vega Taxis, acompañaban con toda ceremonia á su casa de vuelta de la misa mayor, á la señora doña Eulalia de Velez y á su jóven linda sobrina.

—Me parece, querido, dijo el capitán á Contreras cuando estuvieron solos, que la jóven no te mira con malos ojos: he observado que prestaba una grande atencion á tus palabras, en tanto que no ha escuchado las mias: la he visto ruborizarse cuando se ha inclinado para devolverte el saludo, y creo que he atrapado tambien una mirada furtiva que significaba muchas cosas. Guillermo, la palomita corresponde á tu amor.

—Esa es mi dulce esperanza, respondió Contreras; mas no me atrevo á creer que Julia llegue á ser nunca mia.

—Ya sabes que cuando se ama no se niega nada al objeto amado, y en todo caso, aquí estoy yo para combinar un robo.

—¡Perderla! ¡Deshonrarla en pago de su amor!.... nunca, capitán.

—¡Diantre! preciso es que el amor sea un diestro misionero para convertirme de ese modo. Pero puesto que tu virtud de nuevo cuño se resiste á emplear los medios de ordenanza, dime, chico; ¿qué es lo que piensas hacer para casarte con ese ángel bajado del cielo?

—Yo la pediria, pero mi demanda seria negada. ¿No te he dicho que tiene el grave defecto de ser poderosamente rica?

—¡Cáspita! he ahí un defecto, que presta un infinito encanto á sus virtudes de serafin. No te detengas por eso, pobre Adonis, y si te falta valor, para pedir su mano, yo me encargo de hacerlo.

—No es posible, capitán: tu reputacion, sobre ser mala, es bastante conocida para desempeñar con éxito semejante negocio.

—Gracias: te creia mi maestro en ese punto.... Vamos, atrévete un poco, querido filósofo: cuando se ama es preciso querer, y cuando se quiere es preciso obrar. Atrévete siempre Contreras: si en la primera naufragas, ya encontraremos recursos para salir del paso, y si es cierto que estás tan enamorado como aseguras, haz lo que te digo; espíclate con la tia, y marcha de frente al objeto.

—En resumidas cuentas, creo que tienes razon: al menos así sabré á lo que debo atenerme: voy á seguir tu consejo.

Aquella misma noche un erialo anunciaba á la señora doña Eulalia de Velez, la visita inesperada de don Guillermo de Contreras.

Apenas estuvieron sentados el uno á la inmediacion de la otra, nuestro bizarro artillero entró bravamente en materia, sin comentarios ni cumplimientos de ningun género.

—Señora, la dijo, pronto vá á hacer seis meses que habito este pais, y el mismo tiempo hace que esperimento por vuestra sobrina el amor mas tierno y delicado. Vengo, pues, á pedirlos su mano. Mas antes que os digneis responderme, permitidme que os haga una sucinta exposicion de mi estado actual, á fin de evitaros el trabajo de pedir informes míos, que nunca serian tan exactos como los que voy á daros de mi propia persona.

Y don Guillermo de Contreras, sin apercibirse de la sorpresa de la señora Velez, continuó su discurso con la gravedad mas estraña.

—Mi familia es demasiado conocida en el pais, para que tenga necesidad de hablaros de ella. Soy el único representante de una casa, que se encuentra aliada por su nobleza con las mas principales de Aragon. Contaba con una fortuna regular, pero apenas me quedan de ella seiscientos duros en metálico y el palacio que habito, que valdrá seis mil próximamente. Yo era capitán de artilleria, pero supongo que ya no lo soy, porque á consecuencia de una herida que recibí en Navarra, vine aquí abusando de la licencia, que sirvió á mis acreedores para dejarme sin dinero. Habeis vivido en Ma-

drid, señora, y estais emparentada con lo mejor de la corte: no me detendré en explicaros por consiguiente, cómo es que me encuentro arruinado á los veinte y siete años: vos lo adivináis seguramente sin que os lo diga. Mi posicion como veis no es nada brillante; pero soy jóven todavia, y tengo parientes y amigos poderosos. He adquirido alguna experiencia á costa de mi patrimonio, y puedo prometerme mejor éxito en el mundo con un poco de paciencia y buen sentido. En cuanto á mis cualidades morales.... me parece que he sido bastante franco en la exposicion de mis faltas, para no creerme con derecho de hacer lo mismo con respecto á mis virtudes. Mis amigos hacen decir por todas partes que tengo valor y talento. Ahora señora, dignaos manifestarme, si tal como tengo el honor presentaros á vuestros ojos, podré aspirar á la dicha de ver admitida mi demanda.

La señora de Velez habia ido recobrándose poco á poco de su estremada sorpresa, y como muger acostumbrada á las maneras del gran mundo, disimuló cuanto pudo su emocion: cuando el capitán Contreras hubo terminado su peroratoria, la de Velez se inclinó con grave ceremonia diciendo:

—¿Me permitireis, caballero, que os pregunte antes de haceros saber mi resolucion, si sois por ventura el conde Guillermo de Contreras, cuya reputacion de calavera y de libertino es tan grande en Madrid, como en Navarra y Aragon? Se habla de ese militar como de un segundo don Juan Tenorio, lleno de osadia, célebre sobre todo en sus aventuras galantes y sus duelos. ¿Seriais acaso vos?

—Yo mismo, señora, me habia olvidado de mis aventuras galantes, porque el amor las ha borrado de mi memoria: en cuanto á mis duelos, puedo confesarlos todos, señora: aquí llevo sobre mi pecho ocho ó diez cicatrices que han sido devueltas con usura, os lo aseguro.

—Basta, caballero. No es porque esteis arruinado, sino por lo que acabo de oir de vuestra propia boca, por lo que me niego á consentir en vuestra proposicion. Despues de semejantes confesiones, no podria, sin faltar á mis mas sagrados deberes, concederos la mano de mi sobrina.

—¿Pero esa sentencia, no será irrevocable? Dejádme al menos la esperanza de que con el tiempo....

—Imposible, caballero; seria una esperanza vana, y á fin de quitaros toda incertidumbre sobre el particular, os hago saber que dentro de una hora voy á empeñar mi palabra de casamiento con un sugeto que tiene sobre vos la ventaja de no haber adquirido la esperiencia devorando su patrimonio.

—Es que, señora, en el número de las cualidades de que acabo de haceros tan rápida enumeracion, me he olvidado de deciros que tengo una dósis fuertísima de firmeza ó de terquedad si quereis. Amo apasionadamente á la señorita Julia, y no podré nunca renunciar á ella por mas sensible que sea para mi vuestra negativa.

—Sin embargo, sabiendo que está prometida á otro....

—Me veo con él, le corto las orejas, y punto concluido.

—Don Pedro Letosa, es demasiado caballero para esquivar ningun linage de provocacion, y aunque no tenga como vos el hábito de las armas, creo que no verá con disgusto la ocasion de medirse con vos.

—¡Ah! ¡con que es ese bello destrabillado! Tanto mejor: voy ahora mismo á hacerle una visita, y espero que cuando sepais de qué modo arriesgo mi vida por la muger que adoro, no me condenareis á sufrir perpetuamente vuestra resistencia, que me hace tan desdichado.

El conde don Guillermo de Contreras volvió á su palacio con el humor mas alegre del mundo. Don Juan le esperaba en la plaza del pueblo, y así que se avistaron ambos, hizo saber el primero al segundo el estraño resultado de su visita.

—¡Pardiez! querido mio, respondió el capitán; puesto que el amor y los duelos andan en compania, me quedo de servicio en tu palacio. Mi regimiento no tiene nada que ver con mi persona, y estoy resuelto á no dejarte sino muerto ó casado con tu capricho. En cuanto al negocio con ese hidalgo selvático, que trata de soltarte el mono, yo me encargo de arreglar las condiciones: voy á invitarle de tu parte para que se encuentre mañana con el arma que mejor sepa manejar, en el camino de la montaña.

Don Pedro Letosa era un noble aragonés jóven y vigoroso, que no habia dejado nunca la casa paterna mas que para ir á la caza. Hallábase sentado á la mesa trinchando una hermosa liebre que habia cazado el día anterior, cuando don Juan de la Vega Taxis llegó á cortar su apetito, proponiéndole de parte de su amigo el singular desafio, cuyo motivo no le era posible comprender. Aceptó, sin embargo, como valiente que era, y al otro día fiel á su palabra, se encontraba enfrente de don Guillermo de Contreras, cuya destreza y reputacion en las armas no hicieron mas que atropellar los latidos ya frecuentes de su corazon. A los primeros quites la espada de don Pedro, vigorosamente rechazada, se le escapó de la mano á diez pasos de distancia sobre la yerba, en tanto que la de Contreras agujereaba la camisa entreabierto del desdichado cazador.

Don Pedro se puso verde y amarillo, cuando Contreras, bajando la punta de la espada y retorciéndose el bigote con aire fanfarron, rompió de improviso en la mas estupenda carcajada.

—No os hallais en disposicion de batiros conmigo, buen hombre, y ¡pardiez! me seria doloroso mataros,

pudiendo entendernos con algunas palabras. Al hecho: no sé por qué se me figura que el amor no entra para nada en nuestro proyecto de matrimonio con la señorita de Velez, y siendo así desearia saber que interés es el que os mueve á pedir su mano.

—Un interés de conveniencia: nuestras tierras lindan unas con otras, y nuestras familias han vivido en relaciones muchísimos años.

—Perfectamente: ahora me toca á mí decirlo, señor hidalgo, que amo á la señorita de Velez, que mi dicha depende de mi union con ella, que estoy resuelto á perder la vida primero que verla pasar á los brazos de otro hombre, y en su consecuencia, al suplicarles que renunciéis á su mano, no temo lastimar los sentimientos amorosos de vuestro corazón. En cambio de vuestro pequeño sacrificio, os ofrezco mi amistad; mas si esto no os acomoda, será preciso que uno de los dos deje de existir antes de diez minutos. Con que decidid, ó mi mano ó la muerte.

Don Pedro Letosa no era cobarde, pero tenia un carácter dulce y pacífico; amaba la caza mas que á su novia, y por otra parte la habilidad de Contreras le era tan conocida.... Miró, pues, al sitio en donde brillaba su espada, tan sutilmente arrancada de su mano, vaciló algunos segundos, y por fin tendió la diestra á su adversario, diciéndole:

—Puesto que el sacrificio que me pedis puede tener alguna influencia en vuestra dicha, renuncio á la mujer que amais.

Contreras se inclinó: las espadas volvieron á sus respectivas vainas, y los tres jóvenes se encaminaron juntos á desayunarse en casa de don Pedro Letosa, quien aquella misma mañana escribió una carta de escusas á doña Eulalia de Velez.

—Tu estreno no ha sido malo, decia don Juan á Contreras al retirarse ya de noche al palacio, pero es preciso que el desenlace corresponda al exordio. No se trata de retroceder ahora, al contrario, en negocios de amor las locuras valen mas que los golpes de prudencia: arroja la vaina al viento, y sepa todo el mundo en esta tierra, que para obtener la mano de la señorita Julia de Velez, es preciso pasar antes sobre el cadáver del conde Guillermo de Contreras. Si mueres yo te succedo, y aun soy capaz de llevar mi abnegación hasta casarme con tu desconsolada amante y sus riquezas.

Contreras era demasiado calavera para no asentir á los consejos de don Juan. Invistió, pues, á su asistente con el carácter de heraldo de sus resoluciones belicosas, y á los pocos dias nadie ignoraba en el alto Aragon que la espada del conde Guillermo unida á la del capitán Tarxis, se hallaban interpuestas entre la señorita de Velez y el altar.

Algunos pretendientes retrocedieron asustados, otros quisieron probar fortuna; pero los honores del torneo fueron siempre para Contreras.

Un conde de Barbastro volvió á su casa en carruaje herido en el rostro y en el pecho, otro caballero de Jaca recibió una estocada que le hizo guardar cama muchos meses, y por último un espadachin de Huesca quedó muerto en el lugar del combate.

La historia de estos duelos singulares causó por de pronto mucho ruido, llegando su eco hasta Madrid, donde las *Corinas* no comprendidas, encantadas con las proezas del capitán Contreras, se dieron en proponerle como modelo de valor á sus amantes.

La señorita de Velez, gracias á las astutas maniobras del galopin que el conde tenia á su servicio, entretenia con este una correspondencia diaria de las mas sentimentales. No dejó de reconvenirle en un principio, por haber dado tan sanguinaria publicidad á sus pretensiones amorosas; mas como al fin era hija de Eva, y no de las mas ariscas, concluyó por no poder disimularle, que su ternura hacia él habia llegado á ser mas profunda, desde que para poseerla no temia arrostrar la muerte á cada instante. «Si pereceis, le decia en la última carta, un convento será mi refugio.»

Por su parte la venerable tia fué ablandándose tambien con las plegarias de su sobrina y consintió al cabo de muchos esfuerzos, en recibir al conde: decia la buena señora para sus adentros y tenia razon, que un amor que inspiraba tanta audacia y perseverancia debia ser profundo y verdadero.

—Caballero, le dijo doña Eulalia en la primera entrevista, habeis conseguido agradar á mi sobrina, triunfando al mismo tiempo de mi resistencia y con razon podeis estar orgulloso de vuestra firmeza; pero antes de concederos la mano de Julia, quiero someteros á una última prueba. Vais á marchar á Madrid á rehabilitaros en vuestro empleo, y si por espacio de seis meses, vuestra conducta es tal que me persuado habeis adquirido realmente la experiencia que tan cara habeis pagado, vuestro matrimonio será el premio del sacrificio: os doy mi palabra de ello; pero tened presente tambien, que una sola extravagancia del género de las que habeis prodigado en otro tiempo, os haria perder á mi sobrina para siempre.

—La prueba es difícil, señora, lo confieso, dijo Contreras: mas quisiera batirme en brecha contra un reducto enemigo; sin embargo, suscribo á todo porque la ventura que me prometo arribando al término de mis ilusiones, me dará bastantes fuerzas para evitar los peligros del viage.

Contreras partió para la corte, y allí, gracias á sus buenas relaciones y á las sumas que le anticipó un pariente suyo, viudo y sin hijos, que vivia en Zaragoza, pudo revalidar su empleo de capitán de artilleria, volviendo al ejército del Norte, donde fué á poco modelo de valor y de virtudes.

Por espacio de tres meses su conducta se vió libre de toda mancha; pero habiendo sido destinado con su bateria á la guarnicion de Madrid, no tardó en encontrarse con los compañeros ordinarios de sus orgias, que le pusieron en camino de las antiguas locuras. La pendiente era suave y resbaladiza: el conde conoció que los hábitos disipados iban á romper su frágil coraza de temperancia y de castidad, y no queriendo perder en un dia el objeto adorado de sus alanes, escribió á la señora de Velez la siguiente carta, que existe original en el archivo de la casa.

«Señora:

«Me encuentro en Madrid, rodeado de tantos lazos que á pesar de mi prudencia habitual temo mucho no poder evitarlos. Si el hombre virtuoso peca siete veces al dia en un lugar ordinario, aquí, señora, está un espuesto á pecar catorce: hasta los santos, doña Eulalia, dejarían de ser fuertes contra tantas tentaciones y no debeis permitir que yo sucumba, yo que por desgracia no soy santo. Salvadme, pues, señora, de tantos peligros: la mano de vuestra hermosa sobrina, es la única que puede retener aun al borde del abismo, al pecador arrepentido que se encomienda á vos como á su ángel tutelar.

GUILLERMO CONDE DE CONTRERAS.»

Doña Eulalia de Velez era rígida en extremo; sin embargo, no pudo menos de conmovirse al saber los esfuerzos que hacia el bravo Contreras por entrar en la buena senda: las súplicas de su sobrina, que la rogaba abreviase el tiempo de la prueba, y sobre todo la lectura de la extraña carta suscrita por el conde, la hicieron sonreír bondadosamente, decidiéndola al fin.

El capitán don Juan de la Vega Tarxis fué testigo de la boda.

—¿Te convences ahora, dijo á Contreras, de que en materias de amor, la locura conduce siempre al objeto, mucho mejor que la prudencia?

—El hecho es, capitán, replicó el conde, que he seguido un extraño camino para arribar al matrimonio: puede decirse que he conquistado á mi muger con la punta de la espada. Hela aquí, añadió, sacándola de la vaina; no me ha servido mal la pobrequilla... ¿pero ahora, para qué la quiero?... Toma, te la regalo.

—No, chico: guárdala para ti, y haz que sepa todo el mundo que la espada que tan bizarramente supo deshacerse en otro tiempo de una docena de rivales, se halla dispuesta todavía á rechazar del mismo modo á los amantes golosos. La señora condesa de Contreras es demasiado bella para no contarlos en la misma abundancia que la señorita de Velez, y un marido... un marido no debe ser el marido....

F. S.

LA SUIZA.

Esceptuando la Italia, no hay en el mundo pais mas pintoresco y digno de curiosidad que la Suiza; y aun hasta cierto punto es mas digno de ser visitado que aquella region. La sobrepuja en cuanto al sublime espectáculo que ofrecen allí los Alpes, y en cuanto á las maravillas de la naturaleza que á cada paso se encuentran. Es admirable la Suiza por las profundas impresiones que producen en el alma del viajero los cuadros imprevistos que se presentan de continuo, por la grandiosa y ter-

de sábias instituciones y leyes que han cubierto aquellas rocas de hombres y habitaciones, escitando la industria y la actividad en aquellas áridas comarcas, y que han producido la abundancia y la riqueza en unos climas que al parecer abandonó la naturaleza á la soledad.

Los suizos viven en un suelo rebelde al cultivo, cubierto de bosques y encumbradísimo montes que sirven de asiento á perpétuas nieves. Los terrenos son frios y húmedos; las alturas que rodean á los campos sembrados, son unos depósitos de las lluvias, granizos y tempestades, que á menudo echan á perder los frutos de la tierra. Son escasas las cosechas y con frecuencia nulas. Los rios, cuyos raudales acrecientan las nieves derretidas, saliéndose de madre inundan de arena y guijarros los campos y praderas, y los innumerables tor-

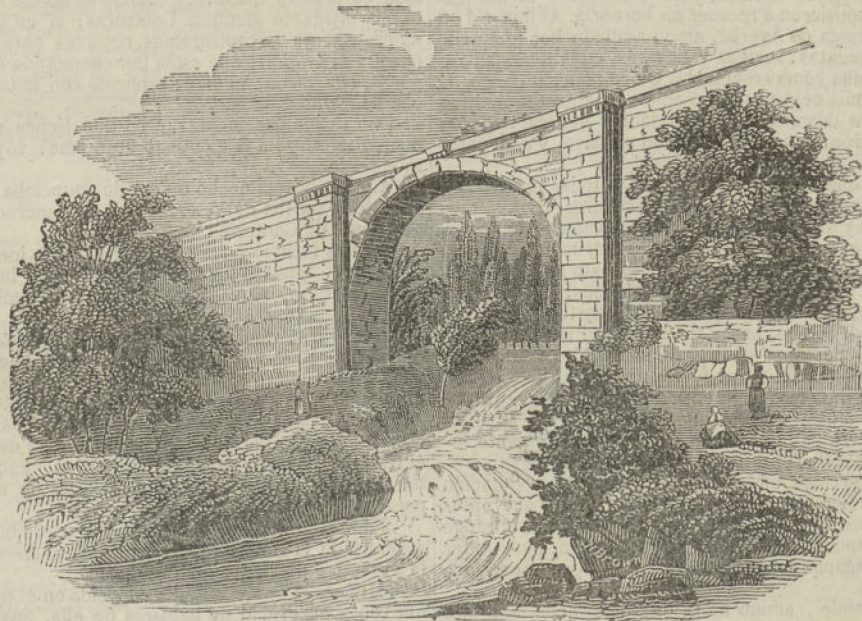


Aldeano de l'Entilbuch, canton de Lucerna.

rentes que de las alturas se precipitan arrastran consigo la tierra vegetal é interceptan las comunicaciones. Los rios que á cada paso se encuentran no son navegables en ningun punto, ya por la rapidez de sus corrientes, ya tambien por las rocas que abundan en sus lechos. No es raro ver aldeas y aun bosques enteros, sepultados bajo la nieve y peñascos derrumbados de los montes.

El canton de Lucerna es uno de aquellos que mas contrastes presentan en su territorio: al lado de fértiles collados, y de húmedos valles, se encuentran el montuoso Entilbuch y el lago de Lucerna, el mas bello de cuantos riegan ese canton, objeto agradable asi á los aficionados á paisajes como á buenos pescados.

Solo en una pequeña parte de la Suiza hallamos terrenos susceptibles de cultivo, y en su mayor extension son solo montañas, destinadas las unas para pastos, otras cubiertas de inmensos bosques de abetos, cuya estraccion es muchas veces impracticable; otras están



Puente de Serrieres.

rible magestad de sus altísimos peñascos cubiertos de nieves eternas que esconden sus cimas en las nubes, cuyas masas tan antiguas como el mundo han visto inmutables todas las grandes catástrofes de nuestro globo.

Por otra parte, es mas interesante que la Italia la Suiza por el espectáculo de la felicidad pública, efecto

formadas de áridas y peladas rocas, y otras en fin son el eterno asiento de los hielos que desde ellas se resisten al influjo de todas las estaciones. Esta comarca dista del mar, por lo que no puede gozar de las ventajas de la pesca ni del comercio que da vida á la agricultura y á la industria.

El invierno, semejante allí al de la Siberia, es también largo y tardío; y hay distritos en que desde el 1.º de diciembre hasta el 40 de enero, es decir, veinte días antes del solsticio de invierno y veinte después, los rayos del sol se ven del todo interrumpidos por la enorme altura de las cordilleras. En invierno se encuentran las casas como enterradas bajo la nieve y en verano muchas veces el calor es insoportable.

Los ciudadanos de todas clases se dan muy buena vida, y se sirven con estremada limpieza; y hasta los que trabajan la tierra hallan de vuelta a sus casas una

trario, tiene por una locura el querer permanecer sin municiones ni artillería en una ciudad, cuyas viejas y débiles murallas están arruinándose por mil puntos. En esto entró Pfiffer, y la serenidad que brillaba en su semblante sosegó los ánimos de la corte y determinó al rey á que confiase su persona al valor de sus suizos, que le prometieron abrirle un camino con las puntas de sus picas por entre los mismos ejércitos contrarios.

Después de una hora de marcha divisaron la caballería de los reformados que iba á darles una carga; pero Pfiffer se detiene, forma sus tropas, cierra su bata-

La historia nos presenta ejemplos de suizos salidos de unos mismos cantones, que hallándose sirviendo en ejércitos de diferentes señores, se han acometido en el campo de batalla con todo arrojo, sin dar señal alguna de flaqueza ó connivencia.

A. U.

TANCREDO.

Fuó Tancredo siciliano por parte de su padre el marqués Odon, y normando por parte de Emma, su madre, hermana del famoso Roberto Guiscardo. De cuantos escritores hablaron de Tancredo, ninguno ha fijado la época de su nacimiento, ni dado noticias acerca de su juventud. Raoul de Caen, su historiador y compañero en las cruzadas, se espresa del modo siguiente: «Ni las riquezas de su padre le inclinaron á la voluptuosidad y á la pereza, ni el poder de sus padres le infundieron orgullo. Ya desde su adolescencia llevaba gran ventaja á sus iguales en el diestro manejo de las armas, y á los ancianos en la gravedad de costumbres, dando á unos y otros frecuentes ejemplos de virtud. Desde esta época, constante observador de los divinos preceptos, aplicábase con mucho esmero á retener cuanto el enseñaban, poniendo luego en práctica las lecciones, tanto á lo menos, cuanto se lo permitían las costumbres de sus contemporáneos. Solo la ambición de gloria turbaba su ánimo, aunque joven, al paso que por otra parte su misma prudencia turbaba su espíritu, presentándole aquellas luchas entre caballeros como contrarias á los preceptos de Dios. Pero así que el pontífice Urbano aseguró la remisión de todos los pecados á todo cristiano que fuese á hacer guerra á los infieles, despertóse el valor en el corazón de Tancredo, cobró nuevos bríos, abriéronse mas sus ojos, y aumentó su ardor guerrero. Habiendo, pues, tomado sus disposiciones para la partida, dispuso en breve cuanto necesitaba; reuniendo bastante número de armas, caballos y caballeros con las provisiones indispensables.»

Partió Tancredo para la Palestina el año de 1096, en compañía de su primo Bohemundo. Habiendo llegado el ejército siciliano al río Vardari acampó por algunos días en sus orillas. La rapidez de la corriente se oponía á su paso, y por otra parte la opuesta ribera estaba cubierta de enemigos que atemorizaban á los cruzados; pero Tancredo viendo que vacilaban atraviesa el río con un escaso número de los suyos. Apenas puso el pie en la orilla que ya se vió cercado de una muchedumbre de griegos; sin embargo nada le intimida, abre paso con la espada y siembra la muerte en derredor, sin que nadie ose acercársele. Animados con el ejemplo de Tancredo, ya no vacilaron los soldados de Bohemundo, antes en un instante pasaron todos el río á nado, quedando solo seiscientos peregrinos inermes, ancianos ó enfermos cuya debilidad los ponía en la imposibilidad de combatir. Los griegos hicieron gran carnicería en estos desventurados, pero al saberlo Tancredo vuelve á pasar el río con dos mil hombres, y hace horribles estragos entre aquellos crueles enemigos, vengando así la muerte de los indefensos ancianos y mugeres, yendo en seguida á situarse en la vanguardia del ejército.

Dirigieronse los cruzados hacia Nicea, y en breve asediaron esta antigua ciudad, tan célebre en los primeros siglos del cristianismo. El conde Raimundo de San Gil colocó sus tiendas delante de la puerta oriental; las tropas turcas bajaban por la opuesta pendiente de la vecina montaña á fin de introducirse por dicha puerta y socorrer á los sitiados: al momento se levanta un grito general; el conde corre el primero al enemigo seguido de otros varios gefes: Tancredo, que se hallaba algo distante, llega á todo escape. La lucha permanecía dudosa todavía, cuando Tancredo, con un furioso golpe de su tizona, corta la cabeza á un capitán turco, con lo que se aumenta el ardimiento en los cruzados. Los infieles se apresuran á ganar de nuevo las montañas, perseguidos por los cristianos, quienes hacen resonar el campo con el nombre y alabanzas de Tancredo. Después de la toma de Nicea, el ejército de los cruzados prosiguió su marcha, y tuvo que sostener contra los turcos una refriega en que Tancredo perdió á su hermano Guillermo, corriendo él también graves peligros.

Pero donde se manifestó completamente el valor de Tancredo fué en el memorable sitio de Antioquia: en él interceptaba todos los caminos, en términos que ningún habitante se atrevía á salir del recinto de la ciudad. Con todo, alguna vez los sitiados hacían sorpresas á los cristianos. A fin de prevenir estos imprevistos ataques, fué Tancredo á ponerse en emboscada en un parage por donde solían pasar los enemigos. «Los infieles, escribe Raoul de Caen, como tuviesen de ello noticia, no sé de qué manera, el primer día solo enviaron allá un reducido número de gente que se mantuvo á cierta distancia. Habiéndolos divisado los nuestros, se escondieron, pero nose acercó el enemigo, con que no pudo escarmantársele. Al día siguiente salieron los turcos en mayor número y se acercaron mas al sitio donde



Vista de la antigua villa de Goldau.

mesa abundante, compuesta de diferentes platos y en la que nunca falta el vino. Una de las cualidades más características de los suizos es el valor: en prueba de ello las batallas de Morgarten, Sempach, Nöfels, Grauson, Morat, San Jaime, y Marián perpetúan la memoria del valor suizo: así es que la mayor parte de las naciones europeas gustan de tener suizos entre sus tropas y los pagan muy caros. En la batalla de Morgarten trescientos suizos derrotaron á un ejército de tres mil austriacos al mando del archiduque Leopoldo. En la batalla de Sempach, en la que el mismo archiduque perdió la vida, un ejército de cuatro mil austriacos fué batido por un cuerpo de mil trescientos suizos. En la batalla de Nöfels, en el cantón de Glaris, doscientos habitantes del cantón sucesivamente reforzados hasta llegar á setecientos, se opusieron á la invasión de trece mil austriacos: once veces forzados, y otras tantas resistieron, y á la última cayeron con tal impetu sobre los austriacos, que los obligaron á ceder, los derrotaron y persiguieron hasta el lago de Bellestadt. En la batalla de San Jaime, cerca de Basilea, mil quinientos suizos salieron al encuentro del ejército francés, que constaba de treinta mil plazas, le atacaron, batieron á la vanguardia, se dirigieron luego sobre el cuerpo principal del ejército, matándole seiscientos hombres: y sin embargo, después de haber hecho prodigios de valor, perecieron todos con las armas en la mano, excepto diez, que habiéndose vuelto á sus casas, fueron tenidos por cobardes, y echados con nota de infamia: llevaba el mando del ejército francés Luis XI, delfín á la sazón, que iba á socorrer á los austriacos contra los suizos entonces entre sí divididos.

Debemos citar la batalla de Marián en que los suizos sucumbieron, y que duró dos días. Sobre ella, decía el anciano mariscal de Tribulces, que las diez y ocho batallas en que se había encontrado fueron juegos de niños, pero que la de Marián era una batalla de gigantes. De esta época data la íntima alianza de la Francia y la Suiza; pues en aquella terrible jornada fué tal la estima en que los tuvo Francisco I que deseó vivamente la amistad y alianza de la nación suiza.

En 1507, unos seis mil suizos al mando del general Pfiffer, llegaron á Meaux, donde se había encerrado Carlos IX por la noticia que tuvo de que los gefes de los descontentos habían resuelto prenderlo juntamente con toda la corte. Reunióse el consejo del rey y todos se hallaban en la mayor perplejidad. El condestable de Montmorency, á quien parecía imposible volver á París atravesando un territorio de diez leguas lleno de enemigos, quiere que se permanezca en Meaux y se corran los riesgos de un sitio. El duque de Nemours, al con-

llon con los coraceros, y reparte por las alas sus pocos soldados armados con arcabuces. En el centro de esta falange, se hallaban la reina Madre, Carlos IX, su hermano el duque de Anjou, los embajadores extranjeros y toda la corte á la expectativa de los acontecimientos. Entonces las hermosas damas de la corte, temblando hubieran interesado á los defensores, si para los suizos se necesitase mas motivo que el del honor.

Pfiffer siguiendo la costumbre de sus antepasados, antes de entrar en acción, se arrodilló á la par de todo su ejército, y tendiendo los brazos al cielo le dirigió la acostumbrada oración. En seguida los suizos se levantaron, cruzaron sus picas bajas, y recibieron impávidos las mortíferas cargas de la mosquetería. En vano Condé y el almirante Coligny se arrojaron á ellos por un lado con mil caballos; y por el otro La Rochefoucault y d'Andelot, les hostigaban sin cesar; nada es capaz de romper sus filas. Durante siete horas de una marcha lenta se vieron atacados por el frente, por los flancos y por retaguardia, sin tener un instante para vendarse las heridas. Una moralla de mil quinientos arcabuceros fué á reunirse á Condé, y les aguardó en las es-



Vista de Lucerna, en Suiza.

carpadas riberas de un arroyo que debía pasar el rey y donde debía ser la lucha más encarnizada. Llegan los suizos al barranco, y sin perder el orden de retirada, derriban cuanto se les opone al paso. Entonces los soldados de la reforma se retiran tributando ellos mismos elogios nada sospechosos al valor y constante disciplina de aquellos heróicos extranjeros, sin cuyo poderoso auxilio la familia real hubiera caído en poder de Condé.

La Suiza ha tenido héroes, y la antigüedad misma no presenta ejemplo mas sublime de patriotismo que el de Arnoldo Vinckelviéd de Stantz, en el cantón de Unterwald, que puede compararse al de Decio ó de Scévola.

Tancredo se hallaba en emboscada, pues estaban mas confiados por lo sucedido el día anterior. A duras penas pudo Tancredo contener a sus soldados: «Aguardad, deciales, aguardad aun otro día, valientes míos, pues á no engañarme, mañana caerá mas rica presa en nuestros brazos.» Y en efecto así aconteció. Al tercer día salieron los turcos en mucho mayor número, y pasaron mas allá del sitio donde estaban apostados los francos. Entonces Tancredo, rompiendo las barreras se arroja en medio del enemigo, y dá muerte á setecientos: al obispo de Puy le envió setenta cabezas de turcos como diezmo de la victoria. Cierta día, como Tancredo saliese acompañado únicamente de su escudero, asaltáronle tres árabes, pero los dejó muertos y traspasados de parte á parte: siendo lo mas particular que terminada la lucha hizo jurar á su escudero que guardaría silencio sobre esta hazaña. Raoul halla inexplicable tanta modestia y la compra á los mas grandes hechos de la antigüedad.

Rindióse Antioquia á los cruzados en junio de 1098. Durante la primavera del año siguiente determinaron los gefes cruzados marchar contra Jerusalem; y los cristianos de esta santa ciudad fueron á su encuentro demandando socorro. Partió Tancredo con trescientos hombres en medio de la noche, y plantó la bandera de los francos en Belén, patria de Jesucristo. Fué igualmente uno de los primeros que entraron en Jerusalem, y aposeñóse de la mezquita de Omar; siendo de tanta consideración el botín que sacó de allí, que empleó dos días enteros en trasladarlo á otro punto. Entre estas riquezas cuéntanse setenta lámparas, las veinte de oro, y las cincuenta restantes de plata. No dejó la envidia de asestar sus ponzoñosos tiros contra Tancredo: el ministro Arnoldo, llamado guarda del templo, acusóle de robo ante el consejo de los príncipes y le obligaron á dar al templo setecientos marcos de plata, lo que ejecutó sin vacilar. En la batalla de Ascalon, en que los cruzados derrotaron completamente á las fuerzas egipcias, mandaba Tancredo el ala izquierda. Despues de esta victoria la mayor parte de los gefes cruzados tomaron de nuevo el camino del Occidente; pero Tancredo permaneció al lado de Godofredo, quien le dió el principado de Tiberiada.

Muerto Godofredo, quiso Tancredo hacer elegir rey de Jerusalem á su primo Bohemundo; mas saliéronle mal sus tentativas, pues Valdivino, hermano de Godofredo, fué reconocido por legítimo sucesor. Siendo este rey de Jerusalem, citó varias veces á Tancredo para que fuese á darle cuenta de su conducta, y á saludarle como á su dueño y señor; pero Tancredo vaciló mucho tiempo, hasta que acabó pidiendo al rey una entrevista, y en ella al fin se resolvió á rendirle homenaje, sin renunciar al principado que le diera Godofredo. Toda la vida de Tancredo se compone de una serie no interrumpida de hazañas y conquistas hechas á los turcos; pues hizose dueño sucesivamente de mas de veinte y cinco ciudades ó plazas fuertes. Su última hazaña fué la toma del castillo de Vetulum, pues luego murió en Antioquia en 1112 dejando en el mundo la ilustre memoria de sus hechos y de la sabiduría de su gobierno, y á la iglesia, la de limosnas y demas obras pias. Estuvo casado con una hija natural de Felipe, rey de Francia. Dicen que hallándose en el lecho de muerte y teniendo delante á su esposa y á cierto joven llamado Ponco, hijo del conde de Trípoli, aconsejóles que se casasen luego que él hubiese fallecido, lo que así se verificó algun tiempo despues. Tal fué nuestro héroe segun las antiguas crónicas, quien por sus virtudes guerreras fué el modelo de los caballeros de su tiempo. Su carácter trazado por la historia en los términos referidos, no nos manifiesta el brillo poético y novelesco que le ha dado la epopeya. En vano buscamos en sus hechos históricos algo que se asemeje á los amores de Clorinda, de que hace una pintura tan seductora el Tasso en su *Jerusalem liberada*.

TEATROS.

Hasta el momento en que escribimos estas líneas, continua representándose en el teatro Español, el drama del señor Rubi titulado *Doña Isabel la Católica*. Hemos llegado á entender que dicho coliseo prepara algunas novedades.

En el teatro del Drama se puso en escena á beneficio de don Facundo Aytá la primera producción de un joven, el que á nuestro entender no debió someter esta obra al fallo del público. El drama de que nos ocupamos y que se denomina *Los fueros de Cataluña*, no tiene olor, color ni sabor: el público le recibió con extraordinaria frialdad. Aconsejamos al señor de Aytá, tenga mejor acierto en la elección de las obras que han de estruarse para su beneficio. En la próxima revista nos ocuparemos de *Los dos Guzmanes*, cuya producción dramática se ha representado en el mismo coliseo á beneficio del primer actor de carácter jocoso don Vicente Caltañazor.

En el teatro de la Comedia hemos visto noches pasadas la que lleva por título *Los consejos de Tomás*. Esta comedia está salpicada de chistes y escelerentemente versificada. La fábula está bien conducida, aun cuando no podemos menos de confesar que el pensamiento tiene pocos atractivos, especialmente para el bello sexo. Es imposible que este pueda conciliarse con las máximas de Tomás, que no tiene inconveniente alguno en asegurar quien la vara es el mejor correctivo para que la muger camine por el buen sendero. La so-

cialidad delicada y culta rechaza semejante axioma y ni le disculpa aun viéndole puesto en práctica por el pueblo bajo. El carácter de Tomás está desarrollado con bastante acierto, y estuvo bien desempeñado por su intérprete el señor Noguera. Fermin es uno de los tipos que mas contrastan con Tomas el aragonés; el señor Dardalla, encargado de su desempeño, le hizo bien, pero quisiéramos haberle visto un poco menos afectado: el señor Dardalla que tiene talento debió comprender que no se necesita tanto relieve—y nos servimos de la frase del imberbe poeta que hay en la comedia—para caracterizar á Fermin. La comedia fué bien recibida, llamaron á la escena á los autores los señores Calvo, y Rosa Gonzalez, que no se hallaban en el teatro.

El teatro de Variedades no nos ha dado nada nuevo, si bien la señora Díez y don Julian Romea, apelando á su conocido repertorio no dejan de arrancar victores y palmas siempre que aparecen en las tablas.

Se nos asegura que se prepara una nueva zarzuela para el beneficio del señor Salas.

Pero la novedad del día la constituye la señorita Fanny, la joven inglesa, que despues de haber obtenido un sin número de ovaciones en el Circo Ecuestre, se ha presentado en el coliseo de la calle de las Urosas y bailado con extraordinaria gracia algunos pasos andaluces en los cuales ha conseguido arrancar numerosos aplausos. No se crea que el público se manifiesta indulgente ó galante; aplaude con justicia, porque piensa ver en las tablas, mas que á una hija de la nebulosa Albion, á una hija del fecundo Betis. No hay noche que no sea aplaudida con entusiasmo: no hay noche que no la hagan repetir el bailable. La joven Fanny se ha separado definitivamente del Circo Ecuestre y se ha esculturado en el Teatro de la Comedia en clase de bailarina; para el señor Dardalla ha sido esta una buena adquisición.

No terminaremos sin anunciar que se prepara el beneficio de esta joven, para el cual se ha escrito una pieza que participa de baile y recitado, y en ambas cosas se piensa que tome parte la beneficiada.... Es decir que vamos á oír á la señorita Fanny, hablando como vulgarmente se dice, en *caló*.—Esperemos.

TAMANGO.

NOVELA.

(Conclusion.)

Acudieron al momento los guardianes enarbolando sus palos; pero ya Tamango retrocedía impasible y con los brazos cruzados á su puesto, mientras que Aiché, inundada de lágrimas, quedó petrificada, oyendo aquellas misteriosas palabras. El intérprete explicó lo que entendían los negros por *Mama jumbo*, cuyo solo nombre los aterraba.

—Es el coco de esa pobre gente, dijo: cuando un marido teme que su esposa haga lo que muchas hacen, tanto en Europa como en Africa, la amenaza con el *Mama jumbo*. Cierta noche en que las mugeres se divertían bailando un *bolfas*, como dicen en su gerigonza, de repente se oyó una música estraña que salía de un bosquecillo muy sombrío y espeso; era una especie de sinfonia ejecutada con flautas de caña, tamboriles, *valafós* y vihuelas hechas con medio cascaron de calabaza. Todos estos instrumentos producian sonidos capaces de espantar á una legión de diablos; así es que apenas los sintieron las mugeres, se pusieron á temblar y á querer huir; pero sus esposos las detenían. A poco apareció una gran figura blanca, alta como un mástil de velacho, con una cabeza disforme, ojos del tamaño de escobenes y una boca como la de un horno encendido. La fantasma caminaba muy despacio, y se paró á medio cable de la orilla del bosque. Las mugeres gritaban: —Es *¡Mama jumbo!* y los maridos les decían: —Vamos, picaronas, descubridnos todo; si mentis *Mama jumbo* os va á tragar vivas.—Había algunas bastante tontas para confesar de plano, y sus espaldas se resentían luego de tan indiscreta confidencia.

—¿Y qué venia á ser esa fantasma? preguntó el capitán.

—¡Toma! algun tuno envuelto en una sábana que llevaba en la punta de un palo una calabaza hueca con una luz dentro. Ya veis lo facil que es engañar á los negros. Sin embargo, el *Mama jumbo* es excelente invención, y yo quisiera que mi esposa creyese en él.

—Pues en cuanto á la mia, dijo Ledoux, ella sabe como la compondría si le pasase por las mientes jugarme un chasco. En la familia de los Ledoux no somos muy sufridos que digamos; y aunque á mí no me queda mas que una mano, esta maneja todavía bastante bien un esquepe. Avisad á vuestro amigo de ahí abajo, que no me espante á esta chiquilla con sus intempestivos recuerdos del *Mama jumbo*, ó por vida de quien soy le acariciaré de tal modo el espinazo que su cuero negro se pondrá tan colorado como el de un *rosbíz* crudo.

Dijo, y bajó á la cámara con el objeto de consolar á Aiché; pero ni las caricias ni los golpes, porque al cabo la paciencia se pierde, pudieron amansar á la linda negra. Torrentes de lágrimas surcaban sus mejillas, y el capitán subió de pésimo humor sobre cubierta y se puso á pelear sin ton ni son al piloto de guardia pretestando la maniobra que en aquel momento se ejecutaba á bordo.

Por la noche, cuando casi toda la tripulación dormía profundamente, las gentes de guardia oyeron un canto grave, solemne y lúgubre que salía del entrepuente, seguido de un grito de muger horriblemente agudo.

Un momento despues resonó por todo el buque la ronca voz de Ledoux, echando votos y maldiciones, y acompañada del chasquido de su terrible látigo. A esta escena sucedió el silencio mas profundo. Al día siguiente se presentó Tamango sobre cubierta con la cara estropeada, pero con el aire tan arrogante, tan resuelto como siempre. Apenas le hubo visto Aiché, cuando dejando el alcázar de popa donde estaba sentada al lado del capitán, corrió velozmente hacia él, y arrojándosele le dijo con un acento de desesperación concentrada: —¡Perdóname, Tamango, perdóname!—Miróla éste fijamente y notando que el intérprete se habia alejado: —Una lima, susurró apenas, y se acostó volviéndole la espalda. El capitán la reprendió ágridamente, y hasta llegó á golpearla, prohibiéndole hablar á su ex-marido; pero no concibió sospechas de las breves palabras que habian mediado entre ellos, y así nada trató de inquirir sobre el particular.

Tamango, encerrado con los demas esclavos, les exhortaba de día y noche á tentar un generoso esfuerzo para recobrar la libertad perdida. Háblales del pequeño número de blancos, y de la creciente negligencia de sus guardias; y aunque sin explicarse claramente, les decía que él se daría sus mañas para conducirlos á su patria, encomiando luego su inteligencia en las ciencias ocultas de que gustan mucho los negros, y amenazando con la venganza del diablo á los que le negasen su ayuda en tal empresa. Usaba en su arenga del dialecto de los peulos, que la mayor parte de los esclavos comprendía, y que ignoraba el intérprete. La reputación del orador, y la costumbre que tenían los negros de temerle y obedecerle, auxiliaron maravillosamente su elocuencia, acabando estos últimos por instarle que fijase el día de su libertad, antes de que él mismo se creyese en estado de llevar á efecto sus planes. Contentábase con responderles vagamente que aun no era tiempo, y que su diablo tutelar todavía no le habia avisado, advirtiéndoles que estuviesen prontos para la primera señal. Nuestro héroe no desaprovechaba, sin embargo, ninguna ocasión de hacer experimentos sobre la vigilancia de sus guardianes, y un día que un marinero dejó su fusil apoyado contra la borda del buque para divertirse en mirar una bandada de peces voladores, Tamango tomó el arma y se puso á manejarla, imitando con gestos grotescos los movimientos de los marineros cuando hacían el ejercicio. Se le quitó, por supuesto, al instante el fusil; pero quedó convencido de que era posible tocar esta arma sin despertar inmediatamente las sospechas.

Pasados algunos días, le arrojó Aiché una galleta, acompañando el hecho de una señal que él solo comprendió. La galleta contenía una pequeña lima, de cuyo instrumento pendía el buen éxito del complot. Tamango se guardó muy bien en un principio de mostrar la lima á sus compañeros; y cuando llegó la noche se puso á murmurar palabras ininteligibles, mezcladas con extravagantes gestos, animándose por grados hasta lanzar gritos. Hubiérase dicho, oyéndose las variadas entonaciones de su voz, que hablaba acaloradamente con un ser invisible. Todos los esclavos temblaban, seguros de que el diablo estaba en aquel momento con ellos, y Tamango dió fin á esta escena con una exclamación de alegría. «Camaradas, les dijo, el espíritu á quien he conjurado, acaba de cumplirme sus promesas, y he aquí el instrumento de nuestra libertad: un poco de valor y sereis libres.» Enseñó la lima á los mas cercanos, y no obstante lo grosero del engaño, logró crédito entre aquellas estúpidas gentes. Tras una larga espera, llegó al fin el gran día de la venganza y de la libertad. Ligados entre sí los conjurados con un solemne juramento, habían meditado y fijado su plan. Los mas audaces, con Tamango á su cabeza, debían apoderarse de las armas de sus guardianes al subir sobre cubierta; algunos otros se dirigirían á la cámara del capitán para coger los fusiles que allí encontrasen, y principiarían el ataque los que hubiesen conseguido limar sus cadenas; pero á pesar del trabajo constante de muchas noches, el mayor número de los esclavos se hallaba aun imposibilitado de tomar una parte activa en la empresa. Tres robustos negros, estaban, por lo tanto, encargados de asesinar al que tenía las llaves de los grillos, y de soltar en seguida á sus compañeros.

Encantador era el humor del capitán Ledoux en aquel día; como que contra su costumbre, perdonó á un grumete, acreedor á la pena de azotes. Cumplimiento por su maniobra al piloto de guardia. Declaró á la tripulación que estaba contento y le anunció que en la Martinica, á donde llegarían dentro de poco, cada hombre recibiría una gratificación. Los marineros, con tan agradables noticias se entretenían calculando el modo de emplear este regalo y pensando en el ron y las mulatas de la Martinica, á tiempo que subían sobre cubierta Tamango y los demas negros.

Habían cuidado de limar sus grillos de manera que no se conociese y que al menor esfuerzo se quebrasen, y las hacían resonar tan bien que parecia que las llevaban dobles. Despues de husmear el aire por algun tiempo, se cogieron de manos y se pusieron á bailar mientras que Tamango cantaba el canto guerrero de su familia, el mismo que cantaba en otra época antes de marchar al combate. Cuando se hartaron de bailar, Tamango, como si se sintiese muerto de cansancio, se tendió cuan largo era á los pies de un marinero que estaba recostado negligentemente contra la obra muer-

ta del buque: los demas le imitaron y así cada marinero se vio rodeado de negros.

De repente Tamango, que acababa de romper poco a poco sus grillos, lanzó un grito terrible, que sirvió de señal: agarró violentamente por las piernas al marinero que estaba a su lado, le tiró al suelo, y poniéndole el pie sobre el pecho, le arrancó el fusil, asesinando con él al piloto de guardia. En un momento cada marinero se vio asaltado, desarmado y degollado. Un grito de guerra se levantó por todas partes, sucumbiendo uno de los primeros el contramaestre poseedor de las llaves de los grillos. Una multitud de negros inundó entonces la cubierta, apoderándose de los espeques del cabrestante, ó de los remos de la chalupa los que no encontraban otras armas. La tripulación europea se vio perdida. Algunos marineros se hicieron fuertes en el alcázar de popa; pero les faltaban armas y resolución. Ledoux estaba aun vivo y en el lleno de su valor. Observando que Tamango era el alma de todo, comprendió que si lograba matarle, el negocio quedaba concluido. Avalanzóse, pues, á su encuentro sable en mano, llamándole á gritos, y Tamango sin hacerse esperar, se precipitó sobre él con el fusil asido por la boca á manera de maza. Uniéronse los dos gefes en uno de los pasamanos, pasaje estrecho que comunica entre el alcázar y el castillo. Tocóle á Tamango dar el primer golpe, que el blanco evitó con un ligero movimiento de su cuerpo, yendo á caer la culata sobre la cubierta y rompiéndose, con tan violento rebote, que el arma se escapó de las manos del negro. Quedó así sin defensa, y Ledoux, sonriéndose malignamente, levantaba ya el brazo para herirle, cuando Tamango, ágil como las panteras de su país, se arrojó sobre él y le sujetó la mano en que tenía el sable, esforzándose el uno en retener su arma y el otro en apoderarse de ella. Ambos cayeron luchando: el africano quedó debajo, pero no por eso se desanimó: estrechó á su adversario con toda su fuerza y le mordió en la garganta con tal furia que la sangre brotó, como si un león le hubiese mordido. Desprendiéndose entonces el sable de la desfallida mano del capitán, y Tamango, cogiéndolo y levantándose con la boca ensangrentada, lanzó un grito de triunfo y atravesó repetidas veces á su enemigo medio muerto.

La victoria no permaneció ya indecisa. Los pocos marineros restantes trataron de implorar la piedad de los sublevados; pero todos, hasta el intérprete, que nunca los había ofendido, fueron implacablemente degollados. El piloto murió con gloria. Habiase retirado á popa, colocándose junto á una coliza: con la mano izquierda apuntó el cañon, y con la derecha, armada de un sable, se defendió tan bien que logró atraer á su alrededor una multitud de negros. Disparó en tal momento la coliza, abriendo al través de aquella masa compacta una ancha calle empedrada de muertos y moribundos.

Luego que fué echado al mar el cadáver del último blanco, los negros, hartos ya de venganza, se pusieron á contemplar las velas del buque, que infladas por un viento fresco, parecían obedecer aun á sus anteriores dueños y conducir á los vencedores, no obstante su triunfo, á la tierra de la esclavitud. «Nada hemos conseguido, dijeron para sí con tristeza: ¿qué será por ventura este gran fetiche de los blancos llevarnos á nuestro país, después de haber derramado la sangre de sus señores?» Observaron algunos que Tamango sabía manejarlo, y le llamaron á gritos.

No se daba él mucha prisa en presentarse. Le encontraron de pie en la cámara de popa, con una mano apoyada en el sangriento sable del capitán, y extendida la otra con aire distraído hacia su muger Aiché que se la besaba de rodillas. El gozo de la victoria no disminuía la sombría inquietud que en su persona se notaba; pues, como menos groseros que sus cómplices, le constaba la dificultad de su posición.

Subió al fin sobre cubierta, afectando una calma que no sentía, é instado por cien confusas voces para que dirigiese el rumbo de la nave, se aproximó lentamente al timon, retardando todo lo posible el momento que iba á decidir á vista de su gente de la estension de su poder.

No había nadie á bordo, por estúpido que fuese, que dejase de haber notado la influencia que ejercían sobre los movimientos del buque cierta rueda y cierta caja, colocadas frente á frente, en cuyo mecanismo se encerraba, á su entender, un gran misterio. Tamango examinó la brújula largo espacio, meneando los labios para que creyesen que leía los caracteres allí trazados, y en seguida se llevó la mano á la frente en la actitud pensativa de un hombre que calcula. Los negros todos le rodeaban con la boca abierta, tiesos los ojos y sin perder el menor de sus gestos. De improviso, con esa mezcla de temor y seguridad, hija de la ignorancia, imprimió un violento impulso á la rueda del timon.

Cual un generoso corcel que se encabrita al sentir la espuela de un imprudente ginete, así se inclinó sobre las olas el hermoso bergantin *La Esperanza* con tan inaudita maniobra. Rota de esta manera la necesaria relacion entre el timon y el velamen, acostóse el buque tan violentamente que se diría iba á zozobrar. Sus largas vergas tocaron la superficie del Océano. Muchos de los negros perdieron el equilibrio, y algunos cayeron en medio de las olas. Enderezóse al instante la nave, como si tratase de luchar altiva con la destrucción: el viento arreció; los dos mástiles se troncharon á la vez y cayeron, sembrando la cubierta de despojos y formando las jarcias una pesada red.

Espantados los negros, huían escondiéndose bajo

las escotillas; pero, no encontrando ya el viento resistencia, sobrenadó de nuevo el buque, dejándose mecer dulcemente por las aguas. Los mas atrevidos volvieron á subir entonces y despejaron la cubierta de los tropezcos que la obstruían. Tamango permanecía inmóvil con el codo apoyado en la vitacora y cubriéndose el rostro con el otro brazo. Aunque tenía á su lado á Aiché, esta no osaba hablarle. Acercáronse los negros poco á poco, y bien pronto sus murmullos se trocaron en un huracan de recriminaciones y de injurias. «¡Pérfido! ¡Impostor! esclamaban, tú has causado todos nuestros males: tú nos vendiste obligándonos después á sublevarnos; nos habías alabado tu saber y prometido conducirnos á nuestra patria; te creímos, y casi perecemos todos por haber tú ofendido al fetiche de los blancos.»

Tamango alzó orgulosamente la cabeza, y los que le cercaban retrocedieron intimidados. Cogió dos fusiles, indicó á su muger que le siguiese, atravesó por entre la multitud que le abrió paso y se dirigió impávidamente hacia la proa. Formóse allí una especie de baluarte con tablas y toneles vacíos, sentándose en medio de esta trinchera, donde lucían amenazadoras las bayonetas de sus dos fusiles; con lo que le dejaron tranquilo. Algunos de los sublevados lloraban, otros levantando las manos al cielo invocaban á sus *fetiches* y á los de los blancos; quienes de rodillas delante de la brújula, le suplicaban que los condujese á supais, quienes se tendían con sombrío abatimiento. Las mugeres y los niños gritaban de espanto y los heridos reclamaban socorros que nadie pensaba en administrarles.

De repente apareció un negro con alegre rostro: acababa de descubrir el lugar donde los blancos tenían el aguardiente, y su gozo y porte anunciaban de sobra que ya lo había probado. Esta noticia suspendió por un instante los clamores de aquellos infelices: bajaron en tropel á la bodega, hartiáronse de licor, y una hora después bailaban y reían al compás de los ayes y sollozos de los estropeados y heridos. Así pasaron lo que restaba de día y parte de la noche.

Al despertar por la mañana, hallaron nuevos motivos de desesperación. Un gran número de heridos habían muerto durante la noche, y el buque flotaba rodeado de cadáveres; el mar principiaba á agitarse, y el cielo se oscurecía. Algunos aprendices de magia, que delante de Tamango no se habían atrevido á mentar sus habilidades, ofrecieron alternativamente sus servicios. Aceptados, como era natural, probaron ciertos poderosos conjuros; pero á cada tentativa inútil crecía el desconcierto. Por último recurso acudieron otra vez á Tamango, quien se mantenía en sus trincheras. Mas instruido que ninguno, él solo, en sentir de la generalidad, podía y debía sacarles de la horrible situación que su proyecto de libertad les había acarreado. Un anciano se acercó al altivo negro para suplicarle que espusiese su opinion en tan apurado trance; pero Tamango, inflexible como Coriolano, se mostró sordo á sus ruegos. La noche anterior, aprovechándose del desorden, había hecho una buena provision de galleta y carne salada, con lo que parecia resuelto á vivir aislado en su retiro.

Quedaba aun mucho aguardiente, y su influjo hacia olvidar á los negros el mar, la esclavitud y la cercana muerte. Dormían y soñaban que se hallaban en Africa, en medio de sus bosques de *baobabes*, cuya sombra cubre una aldea entera. Las orgías se sucedían sin interrupción. Gritar, llorar, arrancarse los cabellos; luego embriagarse y dormir: tal fué la vida que llevaron por muchos días; los mas murieron á fuerza de beber; algunos se arrojaron al mar, y otros se dieron de puñaladas.

Una mañana salió Tamango de su fortaleza, y se adelantó hacia el trozo del palo mayor.

«Esclavos, les dijo, el Espíritu se me ha aparecido en sueños, y me ha revelado el modo de sacaros de aquí y conducirnos á vuestro país. Mereceriais que os abandonase por la ingratitud que me habeis mostrado; pero tengo lastima de estas mugeres y de estos niños que gritan: os perdono, escuchadme.»

Todos los negros bajaron la cabeza con respeto, apiñándose á su alrededor.

«Los blancos, prosiguió Tamango, conocen todas las poderosas palabras que hacen mover estas grandes casas de madera; pero á nosotros nos es dable dirigir á nuestro antojo esas barcas ligeras (señalaba la chalupa y los botes del bergantin), tan semejantes á las de nuestro país. Llenémosles, pues, de viveres; embarquémonos en ellos, y rememos en direccion del viento; mi amo y el vuestro le hará soplar hacia nuestra patria.»

Todos aprobaron el pensamiento, no obstante su insensatez, porque ignorando el uso de la brújula, y encontrándose bajo un cielo desconocido, no podían sino vagar á la ventura. Tamango creía que remando hacia adelante, toparian al fin con alguna region habitada por negros, fundándose en que, segun le decia su madre, los negros solos habitaban la tierra, mientras los blancos vivían en sus navios.

El embarque se preparó al momento, únicamente la chalupa y uno de los botes estaban servibles; por cuanto, atendido lo breve del espacio para contener ochenta negros que vivían aun fué preciso abandonar á los heridos y enfermos. De estos, la mayor parte pidieron la muerte antes que separarse de sus camaradas.

Las dos embarcaciones, cargadas en demasía, se alejaron del bergantin, agitadas por un furioso oleaje, que á cada momento amenazaba sumergirlas. El bote partió primero; Tamango y Aiché se colocaron en la chalupa, la cual como mas pesada, se quedaba muy atras.

Oíanse aun los lastimeros quejidos de los desgraciados abandonados á bordo, cuando una ola terrible cogió de través á la chalupa, y la llenó de agua; en menos de un minuto se sumergió. El bote vió aquel desastre, y en vez de socorrerla redobló sus esfuerzos para ponerse á gran distancia, temiendo tener que recoger algunos naufragos. Casi todos los que iban en la chalupa perecieron; solo una docena pudo llegar á nado al bagel, entre quienes se encontraban Tamango y Aiché. Al ponerse el sol, vieron desaparecer el bote en el horizonte. ¿Qué se hizo de él? se ha ignorado siempre.

«Para qué fatigar al lector con la horrorosa relacion de las torturas que ocasiona el hambre? Veinte personas, poco mas ó menos, se disputaban cada día los restos de las provisiones en un estrecho espacio, ya agitadas por un tempestuoso mar, y ya abrasadas por un sol ardiente. Cada pedazo de galleta costaba un combate, sucumbiendo en él los débiles, no porque los mataban los mas fuertes, sino porque los dejaban morir. Al cabo de algunos dias no quedaron vivos á bordo del bergantin *La Esperanza*, sino Tamango y Aiché.

Soplaba una noche el viento con violencia, y era tan grande la oscuridad que desde la popa no se descubría la proa del buque. Estaba Aiché acostada sobre un colchon en la cámara del capitán, y Tamango sentado á sus pies, ambos en un profundo silencio.

«Tamango, exclamó Aiché de repente, todo lo que sufres lo sufres por mi causa....»

«Yo nada sufro, respondió bruscamente el negro, arrojando en el colchon junto á su muger, la mitad de una galleta que le quedaba.

«Guárdala para tí, repuso ella, devolviéndosela con dulzura; no tengo hambre. Y ademas ¿para qué comer? ¿No ha llegado mi última hora?

Levantóse Tamango sin contestar, subió sobre cubierta bamboleándose, y se sentó al pie de un trozo de mástil. Allí se puso á silbar la cancion de su familia con la cabeza inclinada, cuando de improviso oyó un grito terrible que dominaba los bramidos del viento y el mar, y en seguida apareció una luz. Otros gritos sucedieron al primero, y un buque de alto bordo pasó rápidamente al costado del bergantin, tan cerca que casi tocaron las vergas su cabeza. Solo distinguió en él dos figuras alumbradas por un farol suspendido al tope, que lanzaron un nuevo grito, desapareciendo el barco en medio de la oscuridad. Los hombres de guardia habían visto sin duda el buque naufrago, pero el mal tiempo les impidió virar de bordo. Un instante despues percibió Tamango un fognazo y oyó el estruendo del cañon. Luego distinguió otro fognazo, pero sin ir acompañado de ningún ruido. En seguida no vió mas nada. Al otro dia, ninguna vela se columbraba en el horizonte, con lo que se volvió Tamango á tender en su colchon y cerró los ojos. Aiché había muerto aquella misma noche.

No se sabe al cabo de cuanto tiempo despues una fragata inglesa, *La Belona*, encontró un barco desmantelado y abandonado al parecer por su tripulacion. A su bordo había solamente una negra muerta y un negro tan flaco como una momia. Estaba sin sentido; pero le quedaba aun un soplo de vida. El cirujano le tomó á su cargo, le cuidó, y cuando *La Belona* llegó á Kingston ya gozaba de una perfecta salud. Preguntáronle y contó lo que sabía. Los colonos de la isla querían que le ahorcasen como negro rebelde; pero el gobernador, que era hombre de buen corazon, se interesó por él, considerando que era justa su causa, puesto que no había hecho sino usar del derecho de legitima defensa, y que además las personas que había asesinado no eran mas que franceses. Le trataron como se acostumbra con los negros encontrados á bordo de los buques negreros que se apresan. Se le dió libertad, esto es, le hicieron trabajar para el gobierno, pagándole un real al dia y dándole de comer. Como era alto y bien formado, el coronel del 75 de linea le escogió para que tocara los platillos en la música de su regimiento. Aprendió un poco inglés; pero raras veces hablaba, bebiendo, como en desquite, sendos tragos de ron y otros licores. Murió al fin en un hospital de inflamacion de pecho.

EFEMERIDES DEL SIGLO XIX.

- DIA 24 DE MARZO.—Año de 1836. Acciones de Zúbir y Engui.
- DIA 25.—1835. Defensa del fuerte de Olozagoitia.
- DIA 26.—1813. Accion de Yébenes.—1840. Sitio y toma de Castellote.
- DIA 27.—1809. Accion de Ciudad-Real.
- DIA 28.—1809. Batalla de Medellín, y se rinde Vigo á los españoles.
- DIA 29.—1838. Defensa de Ezcaray.—1839. Accion de Sodupe.
- DIA 30.—1813. Accion de Ridaura.—1835. Accion de Arroniz.—1838. Accion de Andoain.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA

POPULAR.



ENCICLOPEDIA

MODERNA:

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

SE HA REPARTIDO EL TOMO PRIMERO.



COLABORADORES.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Ventura de la Vega.
D. Tomás Rodríguez Rubi.
D. Jorge Lasso de la Vega.
D. Ramon Mesonero Romanos.
D. Pedro Madrazo.
D. José María Antequera.
D. Francisco Pareja de Alarcon.
El Conde de Fabraquer.
D. Basilio Sebastian Castellanos.
D. Alfredo Adolfo Camus.
D. Francisco Fernandez Villabrilie.



LAMINAS.

El Atlas de esta obra consta de 360 láminas grabadas en acero y divididas en 25 entregas á 6 reales cada entrega, lo mismo en Madrid que en provincia.

Se ha repartido la entrega primera.



COLABORADORES.

D. M. Lafuente (*Fr Gerundio*).
D. Pedro Felipe Monlau.
D. Augusto de Burgos.
D. Joaquin Perez Comoto.
D. Ubaldo Pasaron y Lastra.
D. Robustiano Perez de Santiago.
D. Rafael Maria Baralt.
D. Facundo Goñy.
D. Alejandro Magariños Cervantes.
D. Antonio Flores.
D. Antonio Ferrer del Rio.
D. Antonio Pirala.
D. Emilio Bravo.
D. Joaquin Espin y Guillen.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

LA ENCICLOPEDIA, constará de 25 tomos en cuarto mayor, de mil cien columnas cada uno, edicion esmerada en buen papel y caracteres nuevos. El precio de suscripcion es, á dos cuartos pliego, como obra perteneciente á la *Biblioteca Popular*, 46 reales tomo en Madrid y 20 en provincia. Se reparte un tomo cada mes. Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Principe, núm. 25, y en provincia, ultramar y el extranjero, en casa de los correspondientes de Mellado. En los mismos puntos, se dan gratis los prospectos.

